

Los monarcas ibéricos en Polibio y Tito Livio.

Pierre Moret
Casa de Velázquez

Resumen

Se analizan varios textos de Polibio y Tito Livio que se refieren a reyes o jefes iberos, haciendo hincapié en la imprecisión de la terminología usada y en las discrepancias que existen entre estos dos autores. Se examina el papel de Mandonio en la historia de los ilergetes. Se propone una interpretación de las alusiones homéricas contenidas en la descripción por Polibio del palacio de un rey ibero.

Palabras clave: España, Edad del Hierro, Cultura ibérica, monarquía, Polibio, Tito Livio.

Résumé

On analyse plusieurs textes de Polybe et de Tite-Live qui mentionnent des rois ou des chefs ibères, en mettant l'accent sur les problèmes posés par l'imprécision des termes employés et par les divergences qui séparent ces deux auteurs. On examine la façon dont est présenté Mandonius, frère du roi, dans l'histoire des Ilergètes. On propose également une interprétation des allusions à Homère contenues dans la description par Polybe du palais d'un roi ibère.

Mots clé: Espagne, Âge du Fer, Culture Ibérique, Monarchie, Polybe, Tite-Live.

El objetivo de esta comunicación es abordar el problema de la realeza ibérica desde la visión de dos autores antiguos: Polibio y Tito Livio. No se trata, por lo tanto, de estudiar la institución monárquica en todos sus aspectos, a lo largo de todo su proceso histórico y con la ayuda de todas las evidencias posibles (ajuares funerarios, arqueología del territorio, iconografía, etc.). Se han publicado recientemente varios estudios que permiten una aproximación suficientemente documentada a esta cuestión, desde diferentes posturas teóricas.

Caro Baroja (1971) fue el primero en dedicar a los reyes de la España antigua un trabajo monográfico de conjunto, basándose en una lectura cuidadosa de los textos y armándose de una metodología comparatista, rompiendo así con los esquemas simplificadores y en muchos casos erróneos de Schulten y sus secuaces. No obstante, su análisis no fue realmente completo ni sistemático (no comentó todos los textos existentes, ni reprodujo cuantos comentó), y no pudo evitar caer en errores en sus reconstrucciones históri-

cas, especialmente con respecto a la cuestión tartésica, a causa de la escasez de conocimientos arqueológicos entonces disponibles sobre las sociedades indígenas de la Edad del Hierro.

La cuestión no volvió a ser estudiada con detenimiento hasta los años noventa, cuando se multiplicaron los intentos de interpretación histórica, en los que se trata de dilucidar tanto la naturaleza como la evolución de la institución monárquica en Iberia (Alvar, 1990; Muñiz Coello, 1994; Almagro Gorbea, 1996: 82-87; Pitillas Salañer, 1997; Ruiz Rodríguez, 1998; Coll y Garcés, 1998). Sin que se llegara a un consenso –cosa imposible dada la diversidad de los planteamientos metodológicos–, domina en estos estudios la idea según la cual la monarquía de tipo oriental, sacro o heroico de las épocas orientalizante e ibérica antigua, deja paso, a partir del siglo IV a.C., a un modelo aristocrático-militar, con dos opciones interpretativas: una más primitivista, en la que el rey no es más que un jefe de guerra, un *primus inter pares*, en un sistema de caudillaje temporal, y otra que se orienta más

hacia los ambientes contemporáneos del Mediterráneo helenístico, postulando una función monárquica consolidada e institucionalizada, posiblemente con carácter hereditario (para un balance crítico reciente, véase Quesada, 2003: 117-119).

Mi intención no es entrar en este debate, sino, de forma más modesta, examinar con mayor atención algunos de los textos que, aunque forman la base de todas las interpretaciones históricas antes citadas, pocas veces han sido sometidos a una lectura verdaderamente crítica. En última instancia, la pregunta a la que quisiera aportar elementos de respuesta no es: ¿qué fue la realeza ibérica?, sino: ¿en qué medida, o hasta qué punto, las fuentes antiguas griegas y latinas pueden ser utilizadas como material histórico para reconstruir la figura de los reyes ibéricos? Desde esta perspectiva, se hace imprescindible un análisis previo de la lógica interna de esos textos, teniendo en cuenta las normas narrativas a las que obedecen y las referencias intertextuales que conllevan, sin olvidar los supuestos ideológicos de sus autores, los cuales son especialmente complejos, como bien se sabe, en el caso de Polibio, puesto que a su bagaje cultural helenístico se añaden las experiencias vividas en los círculos intelectuales y políticos próximos al Senado romano.

Creo necesario, de antemano, subrayar dos problemas metodológicos que condicionan en gran medida la interpretación de los textos. El primero atañe a la terminología usada por los historiadores para calificar a los jefes o reyes ibéricos; el otro, a las divergencias que existen entre los testimonios de Polibio y Tito Livio.

LA CUESTIÓN DEL LÉXICO

Los términos usados en las fuentes (Polibio: *basileus*, *dunastês*, *hêgemôn*; Livio: *dux*, *rex*, *regulus*, *princeps*) no se pueden manejar como si cada uno de ellos tuviera un significado “técnico” diferenciado, claro y constante. El análisis del léxico muestra que el uso de dichos términos, en el caso concreto de Iberia, no obedece a reglas estrictas. La existencia de tres palabras en Polibio y cuatro en Livio no supone referencia alguna a otras tantas categorías institucionales. Los criterios de diferenciación son más laxos y más erráticos de lo que a veces se ha pensado (Coll y Garcés, 1998: 442)¹. El significado y las connotaciones que se dan a dichas palabras dependen ante todo del contexto de la narración, como se puede constatar en el siguiente cuadro, en el que hemos repartido los monarcas mencionados por Tito Livio en dos categorías: aliados y enemigos de Roma.

A pesar de algunas variaciones, globalmente el trato es diferente. Entre los enemigos, Corribilo es el único que recibe el título de noble, pero este hecho se puede explicar por el deseo de resaltar la importancia de la victoria del general romano que lo ha capturado. El contraste más fuerte se da a propósito de Indíbil y Mandonio, famosos príncipes del pueblo de los ilergetes. En un espacio de tres años, de 209 a 206, pasan del cielo al infierno, con fórmulas superlativas en ambos casos. Aparecen como grandes príncipes cuando su adhesión al bando romano sirve para realzar los éxitos de la diplomacia de Escipión; al contrario, son bandoleros cuando rompen esta alianza y se oponen a Roma sin respetar las normas del *bellum iustum*.

ALIADOS	
Chalbus 216	nobilis Tartesiorum dux (XXIII, 26)
Culchas 206	XXVIII oppidis regnantem (XXVIII, 13)
Bilistages 195	Ilergetum regulus (XXXIV, 11)
Ede(s)co 209	clarus inter duces Hispanos (XXVII, 17)
Indibilis, Mandonius 209	omnis Hispaniae principes (XXVII, 17)

ENEMIGOS	
Attenes 206	regulus Turdetanorum (XXVIII, 15)
Culchas 197	regulus (XXXIII, 21)
Luxinius 197	regulus (XXXIII, 21)
Corribilo 192	nobilis regulus (XXXV, 22)
Indibilis, Mandonius 206	latrones latronumque duces (XXVIII, 32)

¹ Aunque discrepo en este aspecto de las conclusiones alcanzadas por estos autores, sería injusto no señalar los grandes méritos de su estudio. Presenta de forma

bastante completa y equilibrada los datos extraídos de las fuentes antiguas, con cuadros y mapas sinópticos muy útiles.

Regulus, diminutivo de *rex*, se perfila claramente como una denominación despectiva y peyorativa, aplicada cuatro veces a los enemigos de Roma, y sólo una vez a sus aliados. Si hacemos el recuento de todas las apariciones de esta palabra en la obra de Livio, constatamos sin sorpresa que se aplica únicamente a naciones bárbaras: a los galos 31 veces (galos de Transalpina, Cisalpina, Iliria o Asia Menor), a los *Hispani* 20 veces, a los africanos 10 veces. *Reguli* puede teóricamente referirse a reyes de menor rango o que posean un territorio más pequeño que los *reges*, como alguna vez se ha supuesto (Coll y Garcés, 1998: 442), pero no creo que éste sea el criterio que guió a Tito Livio en el caso de Iberia. *Regulus* es, simplemente, el nombre que da Livio a los reyes del mundo bárbaro occidental, fuera cual fuera su poder. Ni siquiera el formidable Brennus, vencedor del ejército romano, merece otro nombre que el de *Gallorum regulus* (V, 38, 3 y V, 48, 8).

Esos monarcas son meros *reguli*, no solamente porque pertenecen a pueblos bárbaros, sino porque su poder, según el criterio de Roma, no tiene legitimidad. Así se explica la alusión a Hispania contenida en una carta de Escipión a Prusias de Bitinia: *regulos se acceptos in fidem in Hispania reges reliquisse* (Liv., XXXVII, 25, 9). Escipión recuerda como uno de sus mayores logros el haber convertido en reyes a los jefes indígenas que se habían entregado a él voluntariamente. En el pasaje correspondiente de Polibio², dos calificativos ayudan a comprender mejor lo que representaban estos *reguli* (Polibio dice *dunastai*) para los romanos: unos jefes sin peso (*elaphroi*), nacidos de las circunstancias (*tôn tukhontôn*). Sólo Roma podía conferirles legitimidad, autoridad real y estabilidad. En tales contextos, me parece que la traducción más adecuada de *regulus* sería “jefe” (y no rey o reyezuelo), puesto que esta palabra se refiere igualmente a un poder fáctico sin legitimidad institucional.

No obstante, en más de una ocasión resulta casi imposible encontrar una justificación lógica para la elección de *rex*, de *regulus* o de cualquier otro término afín. En uno de los capítulos que narran la rebelión de los ilergetes, Livio escribe primero *regulus* y luego *rex*, a pocas líneas de distancia, para designar a Indíbil (XXIX, 2, 14 y 15). No se aprecia, entre las dos frases, un cambio de enfoque o de trato. La única explicación que se me ocurre, es que este cambio de denominación participe de la dramatización de un relato que

culmina con la muerte del rey ilergete al frente de sus tropas, como si esta muerte heroica ennobleciera *in extremis* al jefe bárbaro, haciéndolo pasar simbólicamente de la condición de *regulus* a la de *rex*. Pero reconozco que esta interpretación puede ser excesivamente forzada, y no sería menos plausible una simple e insignificante alternancia léxica. De hecho, si buscamos todas las denominaciones que recibieron Indíbil y Mandonio (son los reyes iberos que más veces aparecen en las fuentes), nos encontramos con casi todos los nombres posibles: *turannos*, *basileus*, *dunastês*, *stratêgos*, *rex*, *regulus*, *princeps*, e incluso... *latro*. Dado el papel muy secundario desempeñado por estos personajes en la historia de la segunda guerra púnica, con apariciones esporádicas y generalmente escuetas, no es de extrañar que los historiadores no se preocuparan mucho por la exactitud y la coherencia del vocabulario. En semejantes casos, *regulus*, *princeps* y *dux* eran términos casi intercambiables.

En consecuencia, lo que cabe tomar en cuenta, más que los términos, son los escasos datos concretos proporcionados por los relatos de Livio y Polibio: relación con un pueblo o con una ciudad, relaciones familiares, alianzas, papel militar, etc.

POLIBIO VS. LIVIO: NO TODAS LAS FUENTES TIENEN IDÉNTICO VALOR

No se puede tomar el conjunto de los textos de diversos autores que mencionan a reyes ibéricos como un corpus unitario, cuyos ítems tienen el mismo valor heurístico, siendo inmediatamente comparables entre sí, y por lo tanto susceptibles de ser sintetizados. Corremos el riesgo de muchos contrasentidos si nos empeñamos en buscar el consenso de las fuentes; todo al contrario, lo que hay que hacer en primer lugar es analizar sus diferencias, teniendo en cuenta los supuestos ideológicos del autor y las necesidades impuestas por el género literario o el tipo de discurso. Una cita de Livio se explica y se valora primero desde la obra de Livio, y no desde otra cita de Polibio o de Apiano, aunque ambas traten del mismo objeto.

En el caso que nos ocupa, se da además la peculiaridad de que, dejando aparte algunas citas aisladas de Apiano o de Diodoro, todas las informaciones útiles proceden de dos autores, Tito Livio y Polibio, cuyos testimonios – tal vez no sea ésta la palabra más adecuada para calificar los relatos de los historiadores antiguos – se insertan

² *ex elaphrôn kai tôn tukhontôn dunastôn pepoiêkenai basileis* (Pol., XXI, 11, 8). Este texto muestra que la misma rela-

ción que existe en latín entre *regulus* y *rex* se da en griego entre *dunastês* y *basileus*.

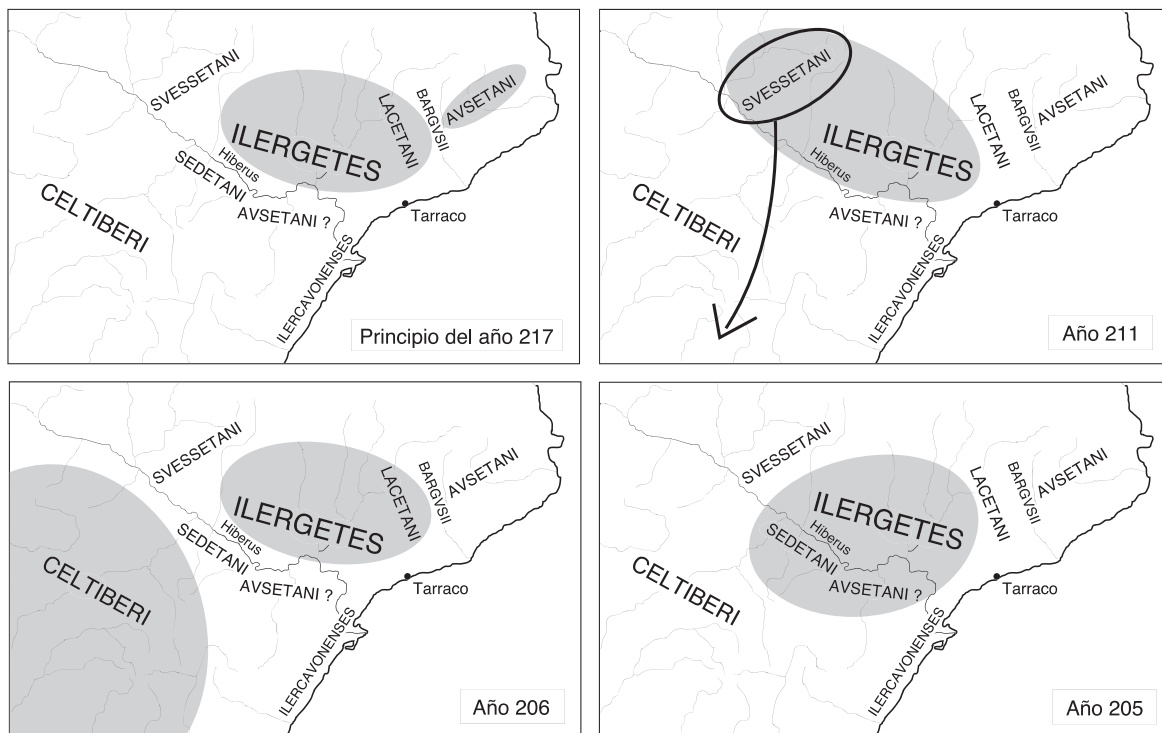


Fig. 1. Las alianzas de los ilergetes durante la segunda guerra púnica, según los libros XXI a XXIX de Tito Livio.

en marcos literarios, ideológicos e historiográficos muy distintos. Las diferencias de enfoque y de tratamiento no atañen tanto a las informaciones factuales, como a su manera de retratar –o disfrazar– la sociedad indígena.

Polibio cita menos reyes ibéricos que Tito Livio, pero es un autor mucho más fiable, por varios motivos. Su conocimiento de la realidad hispánica es directo. Viajó a lo largo de las costas ibéricas hasta Gadeira y se adentró en la península en algún momento de las guerras celtibéricas. Es capaz de diferenciar grupos culturales, en función de criterios que son los de un griego. Por ejemplo, Polibio nunca utiliza el calificativo *barbaroi* cuando menciona colectivamente a los iberos de las regiones mediterráneas. Habla de *barbaroi*, en cambio, a propósito de los *Ouakkaioi* y los *Karpêsioi* (III 14, 6 y 8). Varios textos muestran que para él los iberos de la zona oriental y meridional de la península se situaban en la categoría de los bárbaros civilizados o casi civilizados, tanto en el aspecto político como en el aspecto social (Moret, en prensa).

No fue como Livio un puro hombre de letras. Fue un hombre de acción, llegando a ocupar cargos importantes como diplomático y como militar. Fue, al mismo tiempo, un intelectual propenso a raciocinar y teorizar, que siempre intentaba reordenar su materia según criterios lógicos, en una secuencia inteligible de causas y efectos (Pédech, 1964). Se pudo equivocar, y de hecho se

ha podido comprobar que se equivocó más de una vez, pero el carácter explícito de sus razonamientos permite, en muchos casos, comprender por qué se equivocó.

Al contrario, en los libros de la tercera década de Livio, Hispania aparece como un simple telón de fondo para los acontecimientos de la segunda guerra púnica, sin consistencia ni coherencia. El descuido o a lo mejor el desconocimiento del historiador, cuando de asuntos indígenas se trata, se hace patente en un sinfín de omisiones, negligencias y contradicciones, especialmente en materia geográfica.

Desgraciadamente, para el tema que nos interesa, sólo existen en Polibio tres pasajes suficientemente extensos como para prestarse a un análisis: el episodio de la clemencia de Escipión con las familias de varios reyes iberos (X, 18, 35 y 38), la historia de Indíbil y Mandonio y una descripción fragmentaria de la casa de un rey ibero. Haré algunos comentarios sobre estos dos últimos casos, dejando de lado el episodio de la clemencia de Escipión porque nos informa mucho más sobre este hombre de estado romano que sobre sus interlocutores indígenas (véase al respecto Coll y Garcés, 1998: 440).

MANDONIO: ¿SINARCA O CONSEJERO?

La historia de Indíbil y Mandonio permite comparar, en un caso concreto, el método de

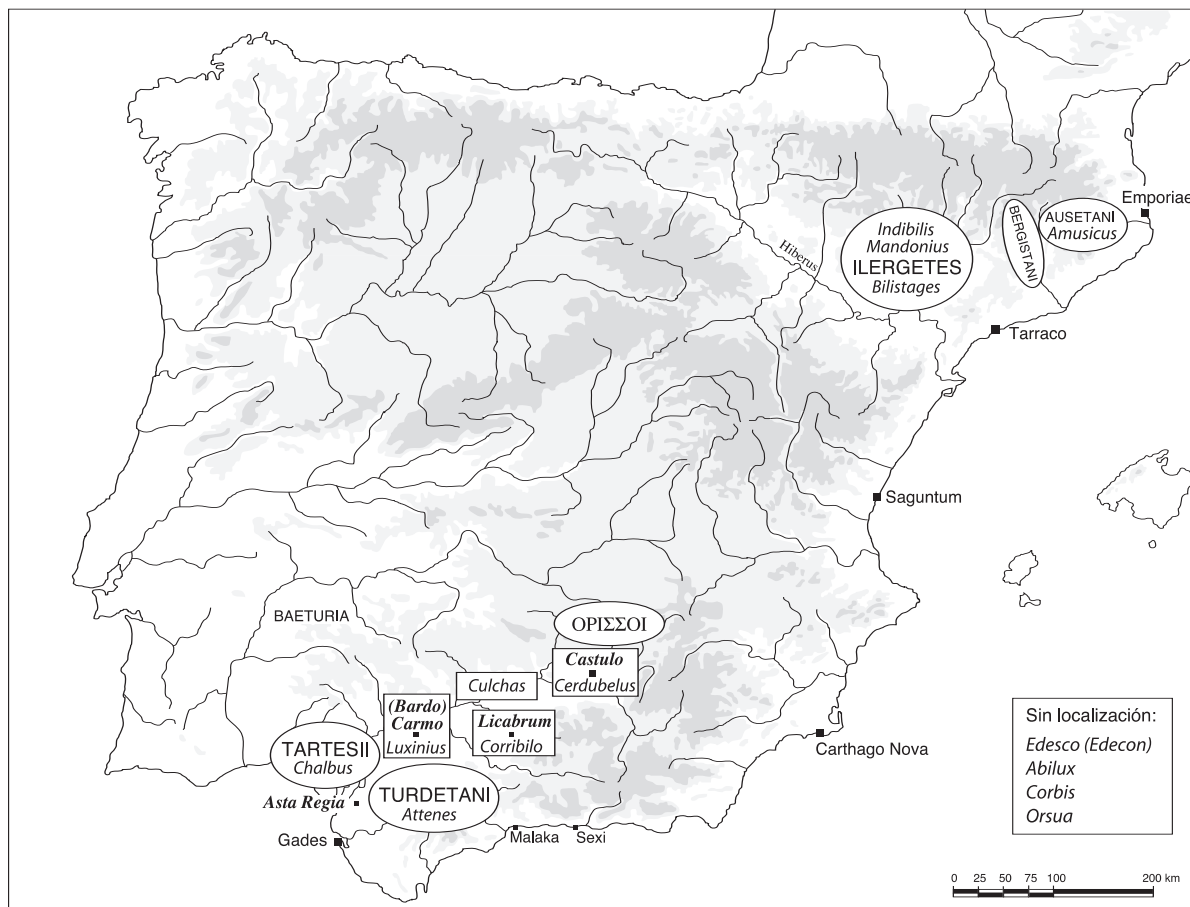


Fig. 2. Localización aproximada de los reyes iberos mencionados por Tito Livio, Diodoro y Polibio. Marcos ovalados: reyes asociados a pueblos (anónimos en el caso de los orissos y de los bergistanos); marcos rectangulares: reyes asociados a ciudades.

Polibio con el de Livio. Se puede seguir la historia de estos dos hermanos y de su pueblo, el de los ilergetes, a lo largo de catorce años, desde 218 hasta 205³. Resumidos muy brevemente, los principales hechos son los siguientes:

218 a.C. Los ilergetes aparecen por primera vez como aliados de Aníbal. No se menciona a su rey (Pol. III, 35; Liv. XXI, 22-23).

217 a.C. Bajo el mando de Indíbil, los ilergetes se enfrentan a los romanos y son vencidos dos veces por Cn. Escipión (Pol. III, 76; Liv. XXI, 61 y XXII, 21).

211 a.C. Indíbil se encuentra en Hispania Ulterior al frente de 7500 Suessetanos, como aliado de los cartagineses en una batalla contra P. Escipión (Liv. XXV, 34), pero tuvo que entregar rehenes a Asdrúbal (Pol. IX, 11).

208 a.C. La clemencia y la delicadeza mostradas por Escipión hacia la hija de Indíbil y la mujer de Mandonio, cautivas suyas, lleva a los

jefes de los ilergetes a pasar del bando cartaginés al bando romano. Indíbil se prosterna ante Escipión y lo llama rey (Pol. X, 18 y 35-38; Liv. XXVI, 49 y XXVII, 17). Después de la victoria de Baecula a la que ha contribuido, Indíbil recibe 300 caballos en recompensa (Pol. X, 40; Liv. XXVII, 19).

206 y 205 a.C. Los ilergetes se sublevan dos veces contra Roma bajo el mando de Indíbil, con diferentes sistemas de alianzas (Liv. XXVIII, 24-34; Pol. XI, 32-33; Liv. XXIX, 1-3). Terminan derrotados, no sin haber opuesto una fuerte resistencia en batalla campal, infligiendo grandes pérdidas a los romanos. Indíbil muere en combate. Después de la derrota, Mandonio convoca una asamblea (*concilium*) para negociar con los romanos una capitulación. Los romanos exigen y obtienen la entrega de Mandonio y de los otros jefes (*ceterique principes*) de la coalición encabezada por los ilergetes.

³ Para un estudio más detallado de la versión de Livio, véase Moret, 1997; para una visión de conjunto, inclu-

yendo los aspectos arqueológicos, V.V.A.A., 1996.

Varios detalles permiten precisar el “perfil” de estos dos personajes. Indíbil y Mandonio son hermanos (Liv. XXVI, 49, 11), ambos de estirpe real, *regiae nobilitatis uiri* (Liv. XXVIII, 27, 5). La importancia de los lazos de sangre a la hora de acceder a los más altos cargos del estamento ilergete, está comprobada por un episodio más reciente, cuando Bilistages, rey de los ilergetes en 195 a.C. (*Ilergetum regulus*), manda a Catón tres embajadores (*legati*), entre los cuales figura su propio hijo (Liv. XXXIV, 11, 2). El propio Indíbil fue obligado a entregar a sus hijas como rehenes a los cartagineses (según Polibio) y luego su hija a los romanos (según Livio). De estos hechos no se puede deducir taxativamente una institución hereditaria, pero parece probable algún tipo de transmisión familiar del poder monárquico (Coll y Garcés, 1998: 440).

Su nombre no está siempre y únicamente asociado al pueblo de los ilergetes. Se relacionan con otros pueblos de su entorno (fig. 1), mediante alianzas y combinaciones diplomáticas –tal vez confederaciones– que se orientan sucesivamente al este de su territorio nuclear (en 217, con los lacetanos y los ausetanos), al oeste (en 211, con los suessetanos), otra vez al este (en 206, con los lacetanos y los celtíberos) y finalmente al sur (en 205, con los ausetanos del Ebro y posiblemente con los sedetanos) (Moret, 1997; Quesada, 2003: 117).

La cuestión más difícil es la de la repartición de los poderes entre ambos hermanos. Varios estudiosos han hablado de un régimen bicéfalo y de “una especie de sinarquía o poder real en que participaban dos” (Caro Baroja, 1971: 148; ideas similares en Muñiz Coello, 1994: 290 y Coll y Garcés, 1998: 442). Dudo que fuera así. Una lectura atenta de los textos de Polibio y Livio revela, al contrario, notables diferencias en las acciones y la caracterización de estos dos personajes.

Primera observación: Indíbil es el único al que los historiadores designan explícitamente como rey (*basileus, regulus*)⁴. Mandonio recibe dos veces el título más impreciso de *dunastês* o *princeps*, pero son pasajes en los que se habla conjuntamente de los dos hermanos, sin más precisiones y en un tono más retórico que fáctico (Pol. X, 35, 6; Liv. XXVII, 17, 2 y XXIX, 3, 2). Además, Mandonio nunca aparece actuando solo, mientras que Indíbil lo hace tres veces (en 218 y en 217). A partir de todos esos datos, Indíbil se dibuja claramente como el auténtico líder de los ilergetes; su hermano está cerca de él, pero no en situación de igualdad. Nunca se ve a Mandonio

tomar una decisión solo, excepto cuando en 205 convoca el *concilium* de la confederación ilergete; pero entonces Indíbil acaba de morir, y se puede suponer que Mandonio le ha sucedido o está intentando sucederle. Lo que me parece más relevante aún, Mandonio nunca actúa como general o como jefe de guerra, lo que sin lugar a dudas era el papel primordial y la principal fuente de legitimidad de cualquier rey en las sociedades ibéricas. Esta función la ocupa de forma preclara Indíbil, hasta su muerte gloriosa en combate, mientras que Mandonio sobrevive huyendo del campo de batalla. El único papel activo que desempeña Mandonio es diplomático, cuando se presenta ante Escipión en 206 como enviado de su hermano (Liv. XXVIII, 34, 3-11). En resumidas cuentas, el esquema que nos ofrecen Polibio y Livio es el de un rey guerrero y carismático, Indíbil, y a su lado un séquito de parientes y consejeros de extracción noble entre los que su hermano Mandonio ocupa un lugar destacado. No hay aquí ningún elemento concreto que avale la hipótesis de una sinarquía.

Segunda observación: Livio y Polibio no presentan la relación de Indíbil y Mandonio de la misma manera. En Livio, he contado 23 menciones a Indíbil frente a 18 menciones a Mandonio; en Polibio, el reparto es mucho más desequilibrado, con 14 menciones a *Andobalês* (= Indíbil) y sólo 3 a Mandonio (X, 18, 7; X, 35, 6; XI 29, 3). Sorprende esta diferencia de trato por parte de ambos historiadores, cuando en casi todos los demás aspectos de la historia de los ilergetes Livio sigue muy de cerca a Polibio. No parece probable, en tal contexto, que el desacuerdo se deba al uso de una fuente analítica distinta. La interpretación que propuse (Moret, 1997: 158 sq) plantea una modificación voluntaria del personaje de Mandonio por parte de Livio. A partir del último episodio de su vida, en el que se hace protagonista después de la muerte de Indíbil, le habría dado retrospectivamente una importancia mayor de la que realmente tuvo y de la que le otorga Polibio. Los motivos de este cambio son probablemente literarios. Como en otros muchos casos, Livio privilegia las necesidades de la composición literaria, en detrimento de la exactitud histórica, simplificando y dramatizando la materia que encontró en los analistas romanos y en Polibio. Con esta pareja artificialmente creada, con este detalle fuera de lo común que se memoriza fácilmente –dos hermanos al frente de un pueblo bárbaro–, Livio introduce una especie de

⁴ En Liv. XXVIII, 33, 17, *reguli* está en plural, pero la expresión es muy vaga y no hay motivos convincentes

para pensar que Mandonio estuviera entre los aludidos.

leit-motiv, un signo de identificación, que se repite a lo largo de los libros XXI a XXIX, es decir en toda la tercera década de su obra, cada vez que los ilergetes vuelven al escenario.

LA CASA HOMÉRICA DE UN REY IBERO (POLIBIO, XXXIV, 9, 14)

Οἷδε δὲ (scil. Homerus) καὶ πᾶσαν τὴν νῦν πολυτέλειαν. Οὐκ ὦν μὲν οὖν λαμπρότατος ὁ Μενελάου. Τοιοῦτον δὲ τινα ὑφίσταται τῇ κατασκευῇ καὶ λαμπρότητι <οἰανπερ> Πολύβιος Ἰβηρός τινος βασιλέως οὐκ ἴαν ὄν καὶ ἐξηλωκέναι λέγει τὴν τῶν Φαιάκων τρυφήν [mss: τροφήν] πλὴν τοῦ τοῦς κρατήρας ἔμῃ τῆς οὐκίας σῆμα πλῆεις οἴνου κριθίνου, ἀργυροῦς ὄντας καὶ χρυσοῦς.

“Homero conoce también toda la suntuosidad de nuestra época. La casa más espléndida era la de Menelao. Polibio supone que era semejante, por el esplendor de su mesa⁵, a la casa de cierto rey ibero. Cuenta que ese rey había tratado de igualar el lujo⁶ de los feacios, salvo el hecho de que las cráteras que estaban colocadas en el centro de la casa sólo contenían cerveza de cebada, aunque eran hechas de plata y oro”.

Sorprendentemente, este texto recogido por Ateneo (*Deipnosophistai*, I, 28, 18) ha recibido muy poca atención. Ni Caro Baroja (1971) ni Coll y Garcés (1998) lo mencionan. Sin embargo, se trata de uno de los textos más detallados y más precisos que se hayan conservado sobre lo que era, no precisamente la realidad material de un palacio ibérico, sino por lo menos su representación por parte de un historiador griego que, recordémoslo, estuvo en Hispania.

No se sabe con certeza si el fragmento pertenecía a una digresión etnográfica dentro de algún episodio de tipo narrativo, o si proviene, como piensan los editores modernos, del libro XXXIV que estaba enteramente dedicado a cuestiones geográficas y especialmente a las regiones occidentales visitadas por Polibio (Walbank, 1979: 563-569). Dado que nos ha llegado por la tradición indirecta, pueden existir dudas en torno a la literalidad de la cita. Se considera generalmente que la cita textual empieza con la cuarta frase, introducida por *legei*. La primera parte es más confusa, y resulta incluso parcialmente errónea (véase Walbank, 1979: 608). La casa de Menelao, tal como se describe en la Odisea, no es especial-

mente lujosa. El único pasaje que habría podido inspirar la comparación de Polibio son los versos en los que Menelao presenta a Telemaco una copa y una crátera de plata (XV, 120-123). En cambio, el lujo de los feacios y especialmente del palacio de Alcinoo, descrito en el libro VII de la Odisea, era proverbial en la antigüedad. Esta confusión se debe achacar a Ateneo, no a Polibio, puesto que en la cita de la segunda parte del texto sólo se habla de los feacios.

De aquel “rey ibero”, *Ibēros tinos basileōs*, no se da el nombre ni se dice donde vivía. Ateneo es probablemente el culpable de estas omisiones, por considerar innecesario citar todo el pasaje de Polibio. Ahora bien, hablar de un rey ibero, basándose en Polibio, plantea serias dificultades, ya que, como he tratado de mostrarlo en otra ocasión (Moret, en prensa) las palabras *Ibēr* e *Ibēria* tienen en la obra de Polibio, según los contextos y las fechas de redacción de sus libros, dos sentidos bien distintos: el uno limitado a la parte mediterránea de la península, según un concepto que está arraigado en la tradición geográfica helenística, el otro extendido a todos los territorios transpirenaicos, en tanto que traducción de la voz latina *Hispania*.

Se ha pensado que el rey en cuestión pertenecía a la Hispania céltica, debido a la mención de la cerveza que se considera la bebida céltica por antonomasia, e incluso se ha identificado con Viriato (Schulten, 1974: 542-543). Creo, al contrario, que se trata de un rey del área ibérica *sensu stricto*. Sabemos hoy que los iberos de las regiones mediterráneas eran también bebedores de cerveza. Recientes análisis químicos de residuos orgánicos conservados en ánforas ibéricas de Cataluña y del Levante, fechadas en torno a la época de Polibio, han demostrado que contuvieron cerveza de cebada, y no vino como se solía pensar (Juan i Tresserras, 2000). Por otra parte, la existencia en Iberia de una riquísima vajilla de plata no es ninguna invención de Polibio. Se han hallado páteras, cuencos y jarros de plata, algunos con inscripciones ibéricas, otros con ricas decoraciones de figuras incisas o estampadas, en varios tesorillos peninsulares, fechados en su mayoría entre finales del siglo III y primera mitad del siglo I a.C. (Raddatz, 1969; Olmos, 1996). Llama la atención la alta concentración de esta vajilla de lujo en la Alta Andalucía, Sierra Morena y sur de la Mancha, en torno al área territorial de los oretanos. Existe otro núcleo,

⁵ En contextos domésticos, la palabra *kataskuei* se refiere a los muebles y a la vajilla de mesa (Walbank, 1979: 608).

⁶ Si se siguiera la lección de los manuscritos (*trophēn* en vez

de *truphēn* que es una corrección moderna), habría que traducir así: “Cuenta que ese rey había tratado de igualar a los feacios en su manera de presentar la comida”.

más difuso, en la Lusitania, entre Tajo y Duero; en cambio los hallazgos son muy escasos en la Meseta y en el norte de la Península. Hay que recordar así mismo las 276 páteras de oro y el gran número de vasos de plata que se mencionan en el botín contabilizado por Escipión después de la toma de Carthago Nova (Liv. XXVI, 47, 7). Me parece, pues, razonable pensar que el rey de las cráteras de cerveza vivía en alguna parte de la Iberia oriental o meridional, no en la céltica.

Curiosamente, Polibio no compara las costumbres del rey ibero con las de otro contemporáneo, sino con el mundo mítico de la Odisea. Este planteamiento claramente anacrónico sorprende en un autor como Polibio. No es que las referencias a Homero sean raras en Polibio; al contrario, como muchos escritores de su época, aportó su contribución al debate en torno a la exégesis geográfica de la Odisea. Propuso explicaciones racionales de tinte evhemerista, basadas en sus propias observaciones geográficas, para varios episodios de la obra de Homero, como por ejemplo los mitos de Escila y de Eolo (Pédech, 1964: 585-6). Pero en este caso no se trata de dilucidar un mito mediante una encuesta (*historia*) llevada a cabo en el terreno adecuado. Se trata, al contrario, de ilustrar con un mito una observación etno-geográfica realizada por el propio historiador, lo que evidentemente no cuadra con el método preconizado por Polibio⁷.

Pero la contradicción sólo es aparente, si prestamos atención al tono del pasaje. A pesar de las probables intervenciones de Ateneo (reescritura parcial, contracción del texto), se perciben claros acentos irónicos. Para empezar, el simple hecho de afirmar que un rey indígena de la lejana y bárbara Iberia se fijó como meta el igualar, *ezêlôkenai*, a los míticos feacios –símbolos del más exquisito refinamiento–, contiene para un lector griego una fuerte carga irónica, casi burlona⁸. Se nota también una intención irónica en la construcción de la última frase, en la que Polibio colocó al lado una de otra la mención de la cerveza y la mención de la plata y del oro, subrayando el

contraste entre un contenido vulgar y un contenedor noble (es por ello que, en nuestra traducción, hemos dado un valor opositivo fuerte al participio *ontas*). Todo induce a pensar que Polibio quiso burlarse de un bárbaro estafalario que en medio de un lujo ostentoso conserva costumbres indignas de un hombre refinado, como la de beber cerveza. Para un griego, esta mezcla de desmesura y de mal gusto, típicamente bárbara, era despreciable.

Hay además, desde el punto de vista de Polibio, un factor moral agravante. Polibio describe en un *excursus* filosófico de su obra la decadencia inevitable que conduce desde la realeza buena (*basileia*) hasta la monarquía y la tiranía, conforme los reyes sucumben a los vicios y a los excesos (VI, 3-7). Ahora bien, en su descripción de los síntomas morales que anuncian la degradación del régimen monárquico, Polibio hace hincapié en el hecho de “buscar la excentricidad y la variedad en los placeres gastronómicos (*trophê*) y en la preparación (*paraskeuê*) de los alimentos” (VI, 7, 7). Puede no ser casual que la palabra *trophê* se repita en la descripción de la casa del rey ibero⁹, y que *paraskeuê* se parezca mucho a *kataskeuê* que figura también en esa descripción. En esta óptica, el rey ibero del libro XXXIV viene a situarse en la fase de degeneración y de degradación final del ciclo político descrito por Polibio, no en la atemporalidad idealizada de una periferia ahistórica.

Así pues, tanto por su carga irónica como por su trasfondo de condena moral, este retrato de un rey ibero se sitúa casi en la antítesis del Argantonio pintado por Herodoto. Herodoto admiraba a Argantonio, tanto por su riqueza fabulosa como por la ayuda que ofreció a los foceos; Polibio se burla del rey bebedor de cerveza, porque no hace de su riqueza el uso que un griego de su época considera digno.

¿Qué realidad puede esconderse detrás de un retrato tan tendencioso? Con poco lugar a dudas, el detalle de los vasos de plata y oro que contienen cerveza de cebada parece auténtico. Lo

⁷ Me parece muy forzada, y en contradicción con el tono del fragmento, la interpretación de von Scala según la cual Polibio habría comparado las costumbres de un rey ibero con las de los feacios para justificar una localización en Iberia, o cerca de Iberia, del país de los feacios (referencias en Walbank, 1979: 608, quien parece aceptar esta lectura).

⁸ Si no fuera así, la única alternativa sería aceptar como un hecho observado por Polibio el que un rey indígena de mediados del siglo II a.C. tuviera la intención expresa de imitar a los reyes de Homero, lo que no

tiene mucho sentido. En todo caso, hay que descartar cualquier relación entre este texto y un fenómeno literario que empieza más tarde, a principios del siglo I a.C.: la construcción artificial de una geografía mítica de Hispania, en clave homérica, por Asclepiades de Mirlea y algún que otro erudito local, cuyas lucubraciones han dejado rastros en el libro III de Estrabón.

⁹ Si se mantiene la lección de los manuscritos (véase *supra*). Aunque este paralelismo con el libro VI tiende a validarla, debo reconocer que *trophê* ofrece un sentido más satisfactorio.

demás no aporta nada al conocimiento de la sociedad ibérica, a no ser que la referencia al mundo de Homero fuera una manera tal vez inconsciente, por parte de Polibio, de reconocer la dosis de arcaísmo aristocrático que seguía subsistiendo en las instituciones y en las costumbres ibéricas.

CONCLUSIONES

Los dos ejemplos que acabamos de presentar muestran por sí solos que el filtro ideológico y literario de historiadores como Polibio o Livio tiene un poder de difracción o, mejor dicho, de distorsión muy fuerte. La posición de Polibio es la más ambigua. Aunque otorga a los iberos del este y del sur de la Península cierto grado de civilización, en el plano psicológico y moral no deja de pintar a sus reyes como bárbaros. Buena prueba de ello es el juicio despreciativo que emite sobre el rey *Abilux*, cuyos cálculos políticos eran “propios de un ibero, lo mismo que de un bárbaro”, *sullogismon ibèrikon kai barbarikon* (III, 98, 4). Para Tito Livio, a la condición bárbara de los iberos se añade, según el criterio romano, el hecho de que sus instituciones políticas no son dignas de interés porque se encuentran fuera de la ley, desprovistas de la legitimidad que sólo Roma puede otorgar. Sus reyes no son tales, sino *latrones latronumque duces* (XXVIII, 32, 9), fórmula lapidaria puesta en la boca de Escipión que resume la esencia del punto de vista romano¹⁰.

En definitiva, pocos son los datos objetivos que se pueden rescatar de las obras de estos historiadores. Trataré de resumirlos. Los reyes iberos aparecen como miembros de familias nobles, con amplios poderes en la guerra y en el campo de la política exterior de su comunidad de origen (la cual puede ser una ciudad o un pueblo). En algunos casos la transmisión del poder es heredi-

taria¹¹, y los parientes del rey suelen tener cierta importancia, aunque sea difícil precisar su función¹².

Pero el rey no es la figura dominante del paisaje político de la Iberia de los años 220-200 a.C. Las fuentes citan muchas ciudades y muchos pueblos ibéricos sin asociarles reyes o príncipes. Es más, las ciudades que tienen más protagonismo durante la segunda guerra púnica y cuya resistencia al asedio de los romanos o de los cartagineses es descrita con más detalle (Sagunto, Orongis, Ilturgi, Astapa) no parecen haber tenido ningún rey. En Cástulo, un tal *Cerdubelus* juega en 206 un papel importante (es él quien entrega a los romanos la guarnición cartaginesa), pero no se le da título alguno. Existen ciudades sin rey, ciudades con rey, pueblos sin rey y pueblos con rey. Cuando Escipión, después de su victoria en 206, viaja a Tarragona para repartir recompensas y castigos, examina los casos de los reyes y de las ciudades, *causis regulatorum civitatumque cognoscendis* (Liv. XXVIII, 16, 10). La existencia simultánea de estas dos figuras institucionales delata la ambigüedad de la realeza ibérica.

Se ha querido poner un poco de orden en ese cajón de sastre, diferenciando dos modelos: “el tipo de monarquía meridional, que mayoritariamente basa su poder en los *oppida*, y la levantina, siempre asociada a *populi*” (Coll y Garcés, 1998: 442 y cuadro 1). De hecho, en el sur se conocen cuatro casos de príncipes que reinan sobre una o varias ciudades (Cerdubelus en Castulo, Corribilo en Licabrum, Culchas sobre varias ciudades, Luxinius sobre Carmo y Bardo), frente a tres casos de reyes asociados a pueblos (el rey anónimo de los orissos¹³, Chalbus, rey de los tartessos, y Attenes, rey de los turdetanos). En el norte, todos los ejemplos conocidos están relacionados con pueblos: Indíbil, Mandonio y Bilistages con los ilergetes, Amusicus con los

¹⁰ En el derecho romano, se llamaba *latrones* a todas las comunidades (pueblos, ciudades...) que se enfrentaban a Roma sin una declaración de guerra formal (*Digesta*, 50, 16, 118), es decir sin respetar las normas del *bellum iustum*.

¹¹ El caso más claro es el contencioso dinástico entre Corbis y Orsua (Liv. XXVIII, 21); en cuanto a los ilergetes, véase *supra*.

¹² El rey Edecón se presenta a Escipión en Tarragona con un séquito de “parientes y amigos” (X 34, 4 y 6). En la época en la que escribe Polibio, estos términos tienen un sentido muy preciso, para designar cargos honoríficos en la corte de los monarcas helenísticos.

Por un lado, las connotaciones helenísticas de esta terminología dificultan la lectura de la realidad política indígena; pero al mismo tiempo, es importante constatar que a Polibio no le pareció disparatado hablar así de la corte de un rey ibero.

¹³ El texto de Diodoro (XXV, 12, 1) no permite afirmar que ese rey de los orissos reinara sobre 12 ciudades, como creen Schulten y Caro Baroja (1971: 140). “Atacó primero al rey de los *Orissoi* e hizo matar a todos los responsables de la derrota de Amílcar. Tomó sus ciudades, que eran doce, así como todas las ciudades de Iberia.” Una parte de esas doce ciudades (o todas) podían pertenecer a otros “responsables de la derrota” que no fueran el rey de los orissos.

ausetanos, y un rey anónimo con los bergistanos¹⁴ (fig. 2).

Se puede aceptar el modelo propuesto por Coll y Garcés, pero con matices y sólo como tendencia, dado que el número de casos comprobados es estadísticamente irrelevante, y teniendo en cuenta que los casos en los que se cita una ciudad o un pueblo, pero no a su rey, son los más numerosos. Más bien convendría resaltar, en última instancia, la diversidad y la complejidad del panorama institucional ibérico, tal como se desprende de un texto de Tito Livio, referente al año 197, que al enumerar una lista de sublevados evoca en tres líneas tres regímenes políticamente distintos (XXXIII, 21, 7-8): en la costa los malacitanos y los sexetanos, organizados en ciudades conforme con el modelo púnico; en el valle del Betis un gran número de *oppida*, repartidos entre los *reguli* Culchas y Luxinius; y entre el Betis y el Anas, el pueblo de la Baeturia, cuya organización política tenía probablemente una base étnica. Frente a tamaña variedad, no es de extrañar que no se haya formado en la historiografía romana una imagen clara y coherente de la realeza ibérica.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO GORBEA, M. (1996): *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico. Discurso leído el día 17 de noviembre de 1996 en la recepción pública de D. Martín Almagro*. Madrid, Real Academia de la Historia.
- ALVAR, J. (1990): "La jefatura como instrumento de análisis para el historiador: *basileia* griega y régulos ibéricos". En *Espacio y organización social*, Madrid, Universidad Complutense, 111-126.
- CARO BAROJA, J. (1971): "La 'realeza' y los reyes en la España antigua". En *Estudios sobre la España antigua*, Madrid, Cuadernos de la Fundación Pastor, 17, 51-159.
- COLL, N. y GARCÉS, I. (1998): "Los últimos príncipes de Occidente. Soberanos ibéricos frente a cartagineses y romanos". En *Los Iberos. Príncipes de Occidente* (Congreso internacional, Barcelona, 12-14 de marzo de 1998), Barcelona, 437-446.
- JUAN I TRESSERRAS, J. (2000): "La cerveza: un producto de consumo básico entre las comunidades ibéricas del N.E. peninsular". *Saguntum* Extra-3, 139-145.
- MORET, P. (1997): "Les Iergètes et leurs voisins dans la troisième décennie de Tite-Live". *Pallas*, 46, 147-165.
- MORET, P. (en prensa): "Sobre la polisemia de los nombres *iber* e *Iberia* en Polibio". En *Polibio y la Península Ibérica. Revisiones de Historia Antigua IV (Vitoria, 20-21 noviembre 2000)*, *Veleia* – Anejo 4.
- MUÑIZ COELLO, J. (1994): "Monarquías y sistemas de poder entre los pueblos prerromanos de la Península Ibérica". En *Homenaje al profesor Presedo, Filosofía y Letras*, Sevilla, 283-296.
- OLMOS, R. (1996): "Las incertidumbres de los lenguajes iconográficos: las páteras de plata ibéricas". En *Iconografía ibérica - iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura (Roma, 1993)*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid (Serie Varia, 3), 91-102.
- PÉDECH, P. (1964): *La méthode historique de Polybe*. Paris, Les Belles Lettres.
- PITILLAS SALAÑER, E. (1997): "Jefaturas indígenas en el marco de la conquista romana en Hispania y la Galia". *Hispania Antiqua*, 21, 93-108.
- QUESADA SANZ, F. (2003): "La guerra en las comunidades ibéricas (c. 237 - c. 195 a.C.): un modelo interpretativo". En Á. Morillo, F. Cadiou y D. Hourcade (ed.), *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto. Coloquio celebrado en la Casa de Velázquez (19 y 20 de marzo de 2001)*, León, 101-156.
- RADDATZ, K. (1969): *Die Schatzfunde der iberischen Halbinsel vom Ende des dritten bis zur Mitte des ersten Jahrhunderts vor Chr. geb.* Madrider Forschungen, 5, Berlín.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, F. (1946): "La 'fides' ibérica". *Emerita*, 14, 128-209.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. (1998): "Los príncipes iberos: procesos económicos y sociales". En *Los Iberos. Príncipes*

¹⁴ Se suele añadir a esta lista a Edecón, rey de los edetanos, pero esta adscripción se basa en una enmienda discutible del texto de Polibio (X, 34, 2). Todos los manuscritos, sin excepción, rezan *Edekôn, ton dunaton dunastên*, "el jefe poderoso". Esta expresión fue considerada corrupta, y la mayoría de los editores aceptan la corrección de Schweighäuser: *ton Edetanôn dunastên*, "el jefe de los edetanos". Sin embargo, tal enmienda no tiene una justificación paleográfica sólida, ya que la semejanza es mínima entre *Edetanôn* y *dunaton*. Por otra parte, cuando Livio traduce o adapta este pasaje, habla

de *Edesco clarus inter duces* (XXVII, 17, 1), lo que es un equivalente aceptable de *dunatos dunastês*, sin mencionar a los edetanos. Además, Polibio cuenta en el capítulo siguiente que, gracias al ejemplo de Edecón, "todos los iberos que vivían del río Ebro acá (es decir, al norte del río) escogieron el partido de los romanos" (X 35, 3). Lógicamente, el reino de Edecón tiene que situarse en la misma zona, también al norte del Ebro. Ahora bien, todas las fuentes que hablan de los edetanos sitúan a este pueblo al sur del Ebro.

de Occidente (Congreso internacional, Barcelona, 12-14 de marzo de 1998), Barcelona, 285-300.

SCHULTEN, A. (1974): *Iberische Landeskunde*. Segunda edición, Baden-Baden.

VVAA. (1996): *Indíbil i Mandoni, reis i guerrers*. Ajuntament de Lleida.

WALBANK, F.W. (1967): *A historical Commentary on Polybius, II. Commentary on Books VII-XVIII*. Oxford, Clarendon Press.

WALBANK, F.W. (1979): *A historical Commentary on Polybius, III. Commentary on Books XIX-XL*. Oxford, Clarendon Press.